

que así lo exigía la causa de su patria. Al fin aceptó y tomó la dirección de los negocios del gobierno. Propúsose en un principio conciliar todos los ánimos por medio de la persuasión y la dulzura: manifestó á los valíes la necesidad de restablecer la unidad del Imperio para detener la marcha de los ejércitos cristianos internados ya hasta el corazón de la Península; les puso por delante los intereses del Islam, el bienestar de los pueblos fatigados de tan largas y sangrientas guerras; apeló á los generosos sentimientos que debía abrigar todo buen muzlim, al recuerdo de las antiguas glorias, á lo que exigía por fin el cumplimiento de las leyes del Profeta. Todo en vano. Quiso después recurrir á las armas: organizó ejércitos, nombró generales, les dió órdenes terminantes para que no perdonaran medio alguno á fin de reducir á su obediencia á los rebeldes... Todo en vano también. Confuso y desconfiado ya, apenas sabía á dónde volverse: insistió en su antiguo sistema de moderación, no porque lo creyese más eficaz, sino porque le repugnaba derramar en luchas estériles más sangre. Sufrió en tanto el pueblo é ignoraba la causa de su sufrimiento. Cansado de padecer, la atribuyó, como de ordinario, á su califa y le depuso. Le depuso sin ira, y Hescham bajó del trono sin disgusto: todo estaba ya muerto en esta ciudad, todo era ya para ella un hecho indiferente.

Bajó por fin del trono de tus reyes el último de los Ommyadas, ciudad infortunada; ¿qué te quedó luego de tu grandeza de otro tiempo? Agesilao suponía las fronteras de su patria allí donde alcanzaba la punta de sus lanzas; ¿á dónde alcanzan ya las tuyas, desdichada corte de los califas? Levántate y vuelve los ojos á tu alrededor: Sevilla obedece á Mohammad Abu-el-Khassem, el que perdió á Yahhyay en una pérfida emboscada; Carmona y Écija, á uno de tus más intrépidos valíes; Málaga y Algeciras, á Edrys; Granada, al berberisco Hhabus; Almería, Murcia, las Baleares, al guerrero Zohyr, valí de Denia. Reina en Valencia A'mery; en Zaragoza, Almendhar; en Toledo, Is-

mail; Abdalla-Ben Moslemah en las dos Extremaduras y el Algarbe. Cataluña, Aragón, Navarra, los reinos de Castilla y de León están contemplando tu ruina desde los montes en que tienen establecidas sus tiendas de campaña. Cada uno de tus antiguos valíes es un emir, un emir que dispone de ejércitos, acuña moneda, exige tributos, impone leyes á todo un pueblo con el hierro de su espada: cada uno de esos emires es uno de tus implacables enemigos. Háblales, y acogerán tus palabras con desprecio; recuérdales que eres su reina, y después de llenarte de oprobio se dispondrán á la venganza. Eres aún reina; pero tus dominios no se extienden ya fuera de tus murallas; vendrá día, y no está lejos, en que pierdas hasta esa independencia y llegues á ser la cautiva de otro pueblo.

Depuesto Hescham, fué elegido califa su wazir Gehwar-ben-Mohammad, hombre de talento, de severas costumbres, de tanta resolución como prudencia, de mucho menos celo por su gloria que por la causa de su patria. Gehwar-ben-Mohammad conocía perfectamente la situación de Córdoba: sabía que su papel de reina había concluído, y que podía aspirar cuanto más á salvarse del furor de la anarquía. Procuró antes que todo asegurar su paz interior, tranquilizarla. Llamó al diván á los principales ciudadanos, abjuró en favor de este senado el poder absoluto de que gozaba como jefe supremo del Imperio. Redújose de califa que era á ser el presidente de una aristocracia. Proscribió de sí el lujo, disminuyó el ejército, rebajó cuánto pudo los enormes gastos del Tesoro. Declaró gratuita la administración de justicia, puso puertas á las calles para impedir los robos y asesinatos que se cometían con frecuencia á la sombra de la noche, distribuyó armas entre los vecinos para que pudiesen por sí mismos velar por la seguridad y mantener el orden. Facilitó la entrada de víveres y proveyó abundantemente los graneros públicos. Colocó inspectores en todos los mercados para evitar la mala fe en los contratos; no consintió por más tiempo la tiranía que ejercían sobre los contribuyentes los recaudadores. Se obli-

gó á presentar todos los años al diván una cuenta detallada de sus ingresos y sus gastos. Deseaba inspirar confianza y la inspiró; deseaba robustecer el poder y lo robusteció; deseaba cerrar el paso á todo género de turbulencias y lo cerró; pero no pudo hacer más que mejorar el gobierno de la ciudad, como ciudad, no como corte del antiguo Califato.

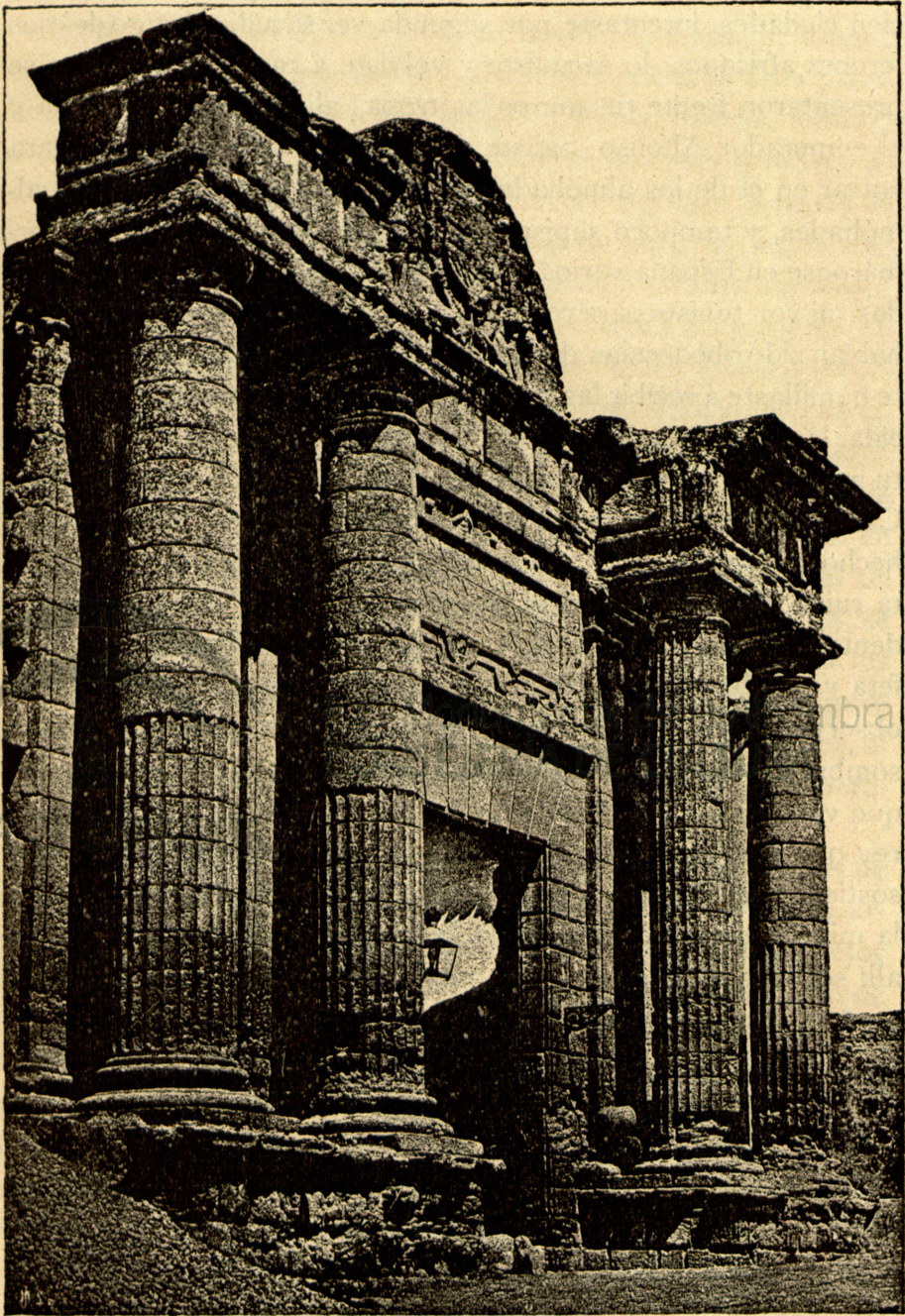
Se acordó una que otra vez Ben-Mohammad de cuán necesaria era la sumisión de los valíes que se habían proclamado independientes; mas ni siquiera para intentarla se sintió con fuerzas. Trató de conciliarlos, y encendió sin querer el fuego de la guerra. Quiso sujetar á fuerza de armas á los que coartaban más de cerca la acción de los poderés públicos, y excitó contra sí á Ismail, el más audaz de los rebeldes. Perdió en la lucha su reputación, su ejército, su vida.

Murió Gehwar y volviste á caer en un abismo. Su hijo Mohammad, temeroso de Ismail, solicitó la alianza de los emires de Badajoz y de Sevilla. La obtuvo, y excitó con esto la cólera de tus enemigos. Vió en breve contra tí las tropas de Al-Mamún, más belicoso que el mismo Ismail su padre; quiso hacerle frente, y salió vencido en la primera jornada. Lleno de sobresalto, imploró entonces por medio de su hijo Abd-el-Melyck el favor de Aben-Abed. Logró salvarte del furor de Al-Mamún; mas acabando para siempre con tu independencia.

Aben-Abed, emir de Sevilla, era á la sazón uno de los reyes más temidos de la Andalucía. Llevado de una ambición sin límites, no perdonaba medio para ir dilatando sus vastas posesiones: donde creía infructuoso el valor, empleaba la astucia y la perfidia. Entretuvo al joven Abd-el-Melyk divirtiéndole con fiestas que afectaba darle como un homenaje debido al heredero de un califa; dejó que se adelantara sobre tí Al-Mamún y esperó verte cercada. Ya que consideró inminente el peligro en que te hallabas, salió de Sevilla como un león; mas no con el deseo de libertarte, sino con el de hacerte esclava. Favorecido por una salida que hicieron tus tropas, se arrojó con ímpetu sobre Al-Mamún y le

derrotó al primer encuentro. Logró excitar con su brillante victoria tu entusiasmo. Entró en ti primero que Abd-el-Melyk, cerró de improviso tus puertas, ocupó tus muros, se apoderó de tu alcázar, donde estaba medio moribundo tu califa, te impuso su voluntad desde el mismo solio de tus antiguos reyes. Encontró alguna resistencia en Abd-el-Melyk, que á las pocas horas vino del campamento enemigo cargado de despojos y trofeos; mas la venció sin dificultad, dejando al desgraciado príncipe muerto á estocadas en la misma puerta por donde procuraba abrirse paso. Te habló luego de tu porvenir y tu pasado; despertó en ti ilusiones y esperanzas; te embriagó con fiestas y espectáculos que recordaban tu grandeza de otros días; y alcanzó que, degenerada por tus infortunios, tú misma llegases á aplaudir su infame alevosía. La sangre de Abd-el-Melyk estaba aún caliente, cuando, henchida de gozo, levantabas á Aben-Abed sobre tu escudo: ¿qué se habían hecho ya tus sentimientos? ¿Ni una lágrima tenías siquiera para el nieto de Gehwar, de ese califa que había sabido inmolar en tus aras todas sus pasiones? ¿Qué creías poder aguardar de esos emires de Sevilla? No hicieron más que cubrirte de vergüenza y de ignominia: no respetaron ni tu trono. El título de califa de Córdoba había sido hasta entonces el sueño de oro de cuántos sentían en su pecho sed de gloria: Aben-Abed lo despreció, tal vez para hacer más evidente tu miseria y acabar de sepultarte en el olvido. Hasta el nombre de reina has ya perdido: no es ya Sevilla tu rival, es tu señora.

Conservaste tu orgullo, te acordaste alguna vez de que habías sido la capital de una vasta monarquía; pero en vano: tus enemigos pasaron sobre ti, como pasa el hombre sobre todo miserable reptil que se atraviesa en su camino. Al-Mamún te sujetó sin perder un soldado de su ejército: Aben-Abed te recobró sin desnudar la espada. Vinieron los almoravides y te vencieron; te rebelaste contra ellos y no pudiste excitar ni su venganza. Aly, su jefe, se contentó con que restituyeras lo que en los días de tu rebelión hubieses usurpado. Secundado tu movimiento por otras



PUERTA DEL PUENTE

cien ciudades, intentaste por segunda vez sacudir el yugo de esos feroces africanos: lo sacudiste y volviste á caer en él apenas se presentaron frente tus muros las tropas aliadas de Ben-Ganya y el emperador Alfonso. Saliste del poder de los almoravides para entrar en el de los almohades: desplomóse el imperio de los almohades, y tampoco supiste reconquistar tu independendencia. Formáronse en España varios reinos como á la caída de tus Ommyadas: ni voz tuviste para recordar tus derechos. Tú, cuyas órdenes habían sido obedecidas desde las orillas del Ródano al Desierto, te humillaste á recibir las de una ciudad hasta entonces desconocida, las de la ciudad de Baeza. Decapitaste á poco á Mohammad, tu nuevo rey; pero cuando había entregado ya á Fernando III de Castilla la vecina Andújar y esa misma Baeza de que se había hecho soberano. ¡Ay! ¡que se va acercando la hora de tu completa ruina! Ciudad de las ciudades musulmanas, Damasco del Occidente, segundo templo del Islam, vas á morir: el espíritu del Profeta va á abandonar para siempre tus mezquitas. Alza tu frente y observa: legiones de nazarenos están ordenándose en batalla á la sombra de sus grandiosos estandartes, de esos estandartes con que vencieron en las Navas de Tolosa. El que las acaudilla es un rey que goza del favor del cielo; ángeles enviados por Cristo sostienen su bandera; palabras de bendición están escritas por la misma mano de Dios sobre la hoja de su espada. Helas ya allí sobre la cumbre de tus montes: ¡ay del día en que cierres al sueño tus cansados ojos! ¡Oyes? tus templos se estremecen, en tus alcázares no resuenan más que hondos gemidos. Voces misteriosas conmueven de noche el aire que respiras; gritos de desolación turban de continuo la paz de tus hogares. ¡Qué remedio has de hallar para conjurar la tempestad que te amenaza? Tus armas están melladas; tus reyes, dispersos y ocupados en luchas intestinas; tus intrépidos guerreros de otro tiempo, en el sepulcro. ¡Córdoba! ¡Córdoba! vas á luchar inútilmente contra ese ejército de infieles: sucumbirás, y no al hierro, sino al hambre y al desorden.

Acababa de salir S. Fernando de la villa de Andújar, cuando un hombre oscuro á quien había conferido el gobierno de la plaza, sabiendo por algunos prisioneros que Córdoba dormía confiada en la inacción de los cristianos, concibió el atrevido proyecto de ir á tomarla por sorpresa. Solía haber por aquellos tiempos en las fronteras de las dos Españas, turbas de hombres medio salvajes cuyo placer era la guerra, cuyos únicos medios de subsistencia eran las sangrientas algaradas que hacían á cada paso en pueblos enemigos. Este hombre oscuro los llamó y les comunicó su intento. No tuvo que hablar mucho para decidirlos: los exaltó, organizó en secreto la expedición, y vino á la primera oportunidad sobre estos muros. Era de noche: el cielo estaba cerrado; la lluvia azotaba los techos de la ciudad dormida. Lleno de fe en su empresa, se adelanta el audaz cristiano hacia el barrio de Oriente, escala en silencio los adarves, degüella las guardias, se extiende por las calles, se atrinchera, se prepara para resistir los ataques que le darán probablemente al asomar el alba. Seguro ya de su conquista, envía en tanto mensajeros á Alvaro Pérez, al rey, á cuántos podían hacer que no quedase ineficaz su temerario proyecto.

Rayaba apenas el día, cuando, sorprendidos los habitantes de la ciudad, tomaron las armas y acometieron á los invasores. Larga y reiterada fué la lucha, pero inútil. Las fuerzas cristianas, lejos de menguar, crecieron: crecieron por de pronto con el socorro de Alvar Pérez, poco después con el rey, que, no bien tuvo noticia del suceso, dió la vuelta para esta ciudad sin aguardar á que se reuniese su ejército bajo sus banderás. ¿Cómo no había de empezar á desfallecer una ciudad extenuada por tantos sacrificios? Disputábanse á la sazón el imperio de la España Árabe Abú Zeyán, Aben-Hud, Mohammad Al-hamar, el fundador del reino de Granada: reconociéndose débil para luchar sola contra sus enemigos, dirigió los ojos á Aben-Hud, le escribió, le suplicó que no la dejase abandonada en medio de tan gran peligro.

Aben-Hud, aunque ambicioso, era de noble corazón: no se

hizo ni pudo hacerse sordo al llamamiento de una de las primeras ciudades de su patria. Pospuesto todo interés personal, se dejó caer sobre la ciudad con el grueso de su ejército. La encontró medio cercada; mas no por esto cejó; antes se mostró dispuesto á combatir hasta que S. Fernando levantase el sitio. Iba á trabar el primer asalto contra los reales enemigos, cuando le ocurrió, sin embargo, un pensamiento que detuvo sus ímpetus guerreros. «Ciudades como Córdoba, dijo, no se sitian con escasas tropas ni sin esperanzas de buen éxito: ¿de qué servirá empeñar una lucha en que he de salir vencido? La ruina de la ciudad producirá la mía; Murcia caerá; el poder del Islam llegará al borde del abismo. Millares de creyentes confían en mi espada: ¿me expondré á perderla en defensa de una ciudad que salvaré hoy y morirá mañana? ¿En defensa de una ciudad sobre la cual pesa hace siglos la mano de un fatal destino?» Quiso cerciorarse de las fuerzas de que disponía S. Fernando, y aumentaron sus temores. Un caballero cristiano que militaba en sus filas y á quien confió esta misión, deseoso de reconciliarse con su rey, exageró el número de los enemigos, y pintó no sólo peligroso, sino hasta quimérico el proyecto de atacarlos. «Vais á morir, le dijo á Aben-Hud; vais á sacrificaros en vano por una ciudad que está condenada desde mucho tiempo á los horrores de la servidumbre. Murcia os proclama emir; Valencia os ofrece una corona; si vencéis á Al-hamar, es vuestro todo el país de Andalucía: ¿qué puede importaros, atendido vuestro brillante porvenir, una ciudad que ya no es más que un nombre? Id y recoged los restos del imperio de los Abd-el-rhmanes; restableced la unidad, agrupad en torno vuestro á cuántos se sienten aún decididos á sostener la causa del Profeta: no tardaréis en derribar de un soplo la obra de Fernando ni en enarbolar vuestros estandartes vencedores hasta en el mismo alcázar de Toledo.» Aben-Hud, aunque con gran pesadumbre suya, cedió á las falsas palabras del cristiano. «¡Cuán triste es tu suerte! exclamó: ¡no te queda más recurso que sucumbir, desdichada ciudad! pero confío

en que han de brillar para ti mejores días. No querrá Dios que yazga por mucho tiempo esclava la que ha sido el segundo templo del Profeta.»

San Fernando, apenas se vió libre de Aben-Hud, no dudó un instante más de la victoria. Multiplicadas de día en día sus fuerzas con las huestes que afluían á su campamento, comprendió cuán fácil era triunfar de la ciudad sin verter sangre: estrechó el sitio, imposibilitó toda salida, y esperó con calma que los mismos cercados fuesen á sus piés á deponer las armas. Desmayó el pueblo cordobés; mas no perdió aún del todo la esperanza. Recordó sus antiguas glorias, su poder, el respeto que su nombre infundía á todas las naciones, y se resistía á creer que no hubiese siquiera quien por el interés general de los árabes pasase á socorrerle. Olvidaba el infeliz que ya no había en toda la España musulmana ni un solo estado que pudiese aventurarse á luchar con las tropas de Castilla, ni un solo cadí que supiese acallar su ambición en beneficio de su patria. Confió, pero sin fruto; vió que todos los días se aumentaban sus enemigos, nunca sus soldados. Falto de víveres y sobre todo de un jefe, fué pasando de la abundancia á la escasez, de la escasez al hambre, del hambre á la anarquía. No pudo, al fin, sufrir más: tuvo que apelar á la piedad del vencedor, y hasta en ese momento fué el más desdichado de los pueblos. No obtuvo de él sino la vida, no obtuvo siquiera el derecho de permanecer en sus hogares, de conservar su hacienda. No quedó ni un solo musulmán en Córdoba después que hubo entrado en ella S. Fernando: todos, absolutamente todos fueron condenados á la proscripción y á la miseria. El rey llevó el rigor hasta el extremo de no consentir que saliesen sino con lo que pudiese cada cual llevar consigo. ¿Qué hubiera hecho más si hubiese debido conquistar la ciudad á fuerza de armas?

Estoy oyendo tus gemidos, Córdoba; estoy viendo las lágrimas que brotan de tus ojos. ¡Qué día de desolación para ti aquel terrible día! Mientras tus árabes te dejaban en silencio, tus ene-

migos te ocupaban entonando cánticos de triunfo. Tus alcázares fueron saqueados; tus templos profanados; violados los hogares de tus hijos. Tu mezquita fué consagrada á otro Dios, invadida por soldados y sacerdotes de Cristo. La voz del muezín dejó de animar tus minaretes; la del rudo africano, tus torreones. Hablaste y no te comprendieron; te hablaron y no comprendiste. Tus escuelas quedaron para siempre cerradas; tus baños, secos; tus palacios, desiertos. Estabas aún radiante de hermosura; mas tu hermosura no bastó para conmover á tus vencedores. ¿Qué se hicieron tus encantados palacios de Medina Azahra? ¿Qué tus embalsamados jardines de la Rusafa, donde plantó su palma Abd-el-rhamán I (1)? ¿Qué tu biblioteca de Merwán, tesoro de la ciencia y la poesía de tus ilustres hijos? Nada respetaron en ti los invasores: no satisfechos con haber despoblado y talado tu campiña (2), con haber desterrado á todos tus creyentes, con haber llevado la espada al interior de tus santuarios, destruyeron uno á uno tus monumentos, complaciéndose en hacer saltar á hachazos tus ricas techumbres de cedro y tus paredes de oro.

(1) Esta palmera era entonces la única que había en España. Á ella dedicó el mismo Abd-el-rhamán los tan famosos versos:

Tú también, insigne palma,—	eres aquí forastera;
De Algarbe las dulces auras—	tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas—	y al cielo tu cima elevas:
Tristes lágrimas lloraras,—	si cual yo sentir pudiera:
Tú no sientes contratiempos,—	como yo de suerte aviesa;
Á mí de pena y dolor—	continuas lluvias me anegan;
Con mis lágrimas regué—	las palmas que el Forat riega:
Pero las palmas y el río—	se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados—	y de Alabás la fiereza
Me forzaron á dejar—	del alma las dulces prendas:
Á ti de mi patria amada—	ningún recuerdo te queda;
Peró yo triste no puedo—	dejar de llorar por ella.

(2) Es preciso, dice Viardot, que los estragos cometidos por los vencedores en los hermosos campos inmediatos al Guadalquivir fuesen de todo punto excesivos y que su población hubiese sido desterrada como la de la ciudad; porque cuando Fernando después de su partida dejó algunas tropas para guardar la frontera y proteger á los nuevos habitantes, á quienes había llamado de todos los puntos de la España cristiana, fué forzoso durante muchos años enviar de Castilla á Córdoba viveres de toda especie para disminuir la horrible escasez que en ella se sufría. (Hist. de los árabes y los moros de España.)

Salvaste de la destrucción común tus viejos muros (1); mas para tu castigo: ¿quién entre los árabes se ha de atrever ya á venir sobre ellos para restituirte al seno del Profeta? Desciñe tu bello turbante, sultana del Guadalquivir: ni derecho tienes ya para llamarte mora. Te han hecho cristiana; y cristiana serás mientras dure en la tierra el poder de la cruz. Es inútil que alientes en tu pecho la esperanza; inútil que en el silencio de la noche cuentes tus pesares á las aguas del río para que las refieran á tus hijos; inútil que pretendas leer en tu pasado un porvenir menos sombrío é infeliz que tu presente; verás construir en tu seno sinagogas para judíos, basílicas para cristianos, jamás una mezquita. No encontrarás eco ni en la ola que pasa ni en el corazón de tus proscritos; sufrirás hoy más que ayer; sufrirás más que hoy mañana. Has sido víctima de cuántos pueblos cayeron sobre ti: lo serás en adelante de las sangrientas parcialidades que nacerán entre cristianos. No está cerrada aún la página de tus infortunios, desdichada Córdoba.

Apoderado S. Fernando de esta ciudad, no fijó ni pudo fijar su pensamiento sino en buscar medios para repoblarla. Redactó una carta de fuero más amplia que las que se habían hasta entonces concedido (2), la comunicó á todas las ciudades de Castilla, prome-

(1) Sobre la conservación y reparación de estos muros hemos encontrado las disposiciones siguientes: Item, mando y concedo que la fábrica del muro conste siempre de los frutos y provechos y rentas reales. (Fuero de Córdoba).—Conocida cosa sea á todos omes que esta carta vieren cuemo yo D. Alfonso por la gracia de Dios, rey de Castiella, etc., do é otorgo al Conceio de Córdoba á los que agora son é serán daqui adelante para siempre jamas quinientos maravedises cadaño para labrar los muros de la villa de Córdoba et póngolos que los ayan cadaño en el mio pecho que me an adar los moros del Alhama de Córdoba. Et mando á los moros de la sobredicha Alhama que gelos den cadaño por la Sant Miguel assi como los davan á mi... (Carta dada en Toledo á 18 de mayo, era de 1292. Archivo municipal de Córdoba, legajo A. número 25).—Dámosles é otorgámosles para siempre jamas el montadgo de Córdoba et de so término para la lavor de los muros de la villa é de los castiellos que en so término son... (Carta del rey D. Sancho dada en Burgos el sábado 20 de noviembre, era de 1326. Arch. mun. de Córdoba. Cajón A. núm. 79.)

(2) Las disposiciones más amplias de este fuero son las siguientes: Y mando, que nõ sean prendados asi los caballeros como los ciudadanos de Córdoba en todo mi reyno.—Item, ellos y sus hijos y sus herederos tengan todas sus heredades

tió y otorgó singulares mercedes á cuántos se resolvieron á pasar á vivir en Córdoba con su esposa y con sus hijos. Distribuyó tierras entre los principales caballeros que le habían acompañado en la conquista, dió al concejo los pueblos, aldeas y castillos que fueron sucumbiendo en la comarca (1). Para más animarla y asegurarla, convirtió la ciudad en centro de operaciones militares; restauró la silla de Osio, de aquel famoso prelado á quien cupo la gloria de haber presidido el primer concilio de Nicea. Comprendía S. Fernando la gran dificultad que había en conservar una ciudad rodeada de enemigos; y estaba dispuesto á no perdonar sacrificio alguno para traer á ella cristianos que tuviesen un interés personal en defenderla. Logró irla poblando; pero lentamente, tan lentamente, que tres siglos después habían los reyes

firμες y estables perpetuamente, y vendan y cōmpren unos de otros hasta lo que ellos quisieren, y qualquier de ellos haga de su heredad segun su voluntad: y si yo quitare á alguno de ellos heredad alguna por ira ó por injusticia sin culpa manifiesta, que en virtud de este privilegio le sea vuelta.—Item, mandó que en las heredades que tuvieren en qualquier tierra de mis reynos y de mi señorío no entren Sayones en ellas ni Mayorinos, pero sean catadas y exentas. Esto hago por amor del pueblo de la ciudad de Córdoba.—De aqui adelante si algun hombre cayere en homicidio ó en algun livor sin su voluntad, y se provare por tēstigos verdaderos, si diere fiador, no sea metido en la cárcel, y si no tuviere fiador, no sea llevado á ninguna parte fuera de Córdoba; pero solamente sea preso en la cárcel de Córdoba, y no pague sino la quinta parte de la calumnia.—Item, quiero y mando estatuyendo, que la ciudad de Córdoba nunca sea prestimonio de alguno, ni haya en ella otro señoreador sino yo y mis sucesores, ni hombre ni muger.—Item, concedo y estatuyo, que todo hombre que fuere justiciado, sus herederos hayan sus bienes, si no fuere por haber muerto algun hombre sobresalvo, ó muerto algun hombre en tiempo de tregua ó si no fuere justiciado por moneda falsa, ó por haver muerto algun hombre estando seguro, ó si no fuere falsario, ó herege; y de qualquiera que fuere justiciado por estas causas sobredichas, el rey haya sus bienes, etc., etc. (Fuero de la ciudad de Córdoba concedido por el Santo rey Fernando III. En el Arch: mun. de la misma ciudad existe una carta en latín fecha en Toledo á 18 de abril, era de 1279, y otra en castellano fecha en Córdoba á 3 de marzo del mismo año.)

(1) ...dono itaque vobis et concedo castellum de Almodovar et castellum de Durio, et castellum de Chilon et castellum de Santa Eufemia et castellum et villam de Gahet et villam que vocatur Petroché et castellum de Mochuelos. (Privilegio del rey D. Fernando el Santo dado en Toledo á 24 de julio, era de 1281. Arch. mun. de Córdoba, legajo V, núm. 34.)—Fueron concedidas posteriormente á Córdoba algunas otras villas, entre ellas las de Cabra y Santaella por D. Alfonso, la de Constantina con todas sus pertenencias por D. Sancho. (Arch. mun.)

de conceder privilegios á los que prometiesen habitar en ella por espacio de veinte años (1). Dícese que en tiempo de Abd-el-rhamán III contenía esta ciudad doscientos mil vecinos (2): ni siquiera una décima parte ha llegado á contener después á pesar de los esfuerzos hechos por los monarcas de Castilla.

La favorecieron muy poco los sucesos para que pudiese volver al estado en que la dejaron los Abd-el-rhmanes. D. Alfonso el Sabio vino con el rey de Marruecos á cercarla contra el infante D. Sancho; que había entrado pocos días antes en ella con su esposa D.^a María de Molina: tuvo al fin que levantar el sitio, pero después de haber talado sus alrededores (3). Talólos

(1) Hemos encontrado en el archivo municipal de Córdoba dos cartas de Don Carlos y la reina D.^a Juana declarando francos de todo tributo por espacio de diez años á los que pasasen á morar en Córdoba con promesa de residir en ella cuando menos veinte. (Estas dos cartas no están numeradas.)

(2) Córdoba sola contenía, según los geógrafos árabes, doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospitales, ochocientas escuelas públicas y novecientos baños. Este detalle parece á primera vista increíble y fabuloso; mas yo ni aun lo supongo exagerado. Si se da el nombre de casa, no á los edificios de nuestras ciudades modernas, sino á la habitación de cada familia; el de mezquita á cada lugar consagrado, á cada pequeña capilla; si se recuerda que una mezquita no podía existir sin escuela, y que las abluciones eran indispensables como el rezo; se reconocerá que la ciudad y los arrabales de la capital del Imperio podían muy bien contener ese prodigioso número de edificios diversos. (Viardot, hist. de los árabes y los moros.)

(3) En premio de estos servicios el infante D. Sancho, ya rey, donó al concejo de Córdoba las villas de Baena, Luque y Zuheros. Consta de la siguiente carta: Sepañ quantos esta carta vieren: Como nos D. Sancho por la gracia de Dios rey de Castiella, de Tolédo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahen, é del Algarbe, por muchos servicios que vos el Concejo de la noble cibdad de Córdoba fiziestes al rey D. Ferrando nuestro abuelo é al rey D. Alfonso nuestro padre é á nos antes que regnásemos é despues que regnamos: et porque el infant D. Johan nuestro hermano se levantó contra nos et nuestro señorío muy falsamente et como non devie por deseredar á nos et á la reina nuestra mugier et á nuestros fijos: non cónosciendo muchas mercedes que nos le fizimos et señaladamente quel sacáramos de la prision onde non deviera salir por los sus merecimientos é desconociéndose contra nos: damos vos et otorgamos vos las villas de Baena, et de Luque, et de Zuheros con sus castiellos et con todos sus términos et con montes é con fuentes; con rios, con exidos, con entradas et con salidas et con todas sus pertenencias quantas an et deuen aver, que las ayades é que sean vuestro término para siempre jamas. Salvo ende que los alcaldes que estos castiellos touieren que sean nuestros vasallos et vuestros vecinos é que los tengan por nos et vos que les pagueades las tenencias segun que lo nos ordenaremos et que pongades vos y alcaldes á alguaciles por nos et por vos asi como en los otros logares

años después el rey D. Pedro, al ver que ni con el auxilio de Mohammad de Granada había podido arrancarla á D. Enrique (1). La peste diezmo horrorosamente á sus hijos al empezar el siglo xv: acabó con más de veinte mil en el espacio de tres meses. Sobrevinieron graves disturbios en los reinados de Enrique III y Juan II; y fué sacrificada ya por el uno ya por el otro bando (2). Siguiéron tras aquellos tristes acontecimientos las escandalosas guerras civiles entre Enrique IV y sus hermanos; y se vió destruída y ensangrentada por los mismos habitantes. Los Reyes Católicos le arrebataron sus mejores soldados para la conquista de Granada; el tribunal del Santo Oficio consumió parte de la población en los tormentos y la hoguera (3). Los judíos, que ya en el siglo xiv habían sido inhumanamente acuchillados por el pueblo, la abandonaron á poco en virtud de una orden que sólo pueden cohonestar las circunstancias especiales en que se encontraba á la sazón una nacionalidad, apenas constituida por otro principio que por el de la unidad de sentimientos

de vuestro término, et que se jodge por aquel mismo fuero que vos auedes. Et pugnat en las cobrar et en las aver, et nos otorgamos vos de vos las nunca toller et de non las dar al infant D. Johan nin á otro ninguno. Et desto vos mandamos dar esta nuestra carta seellada con nuestro seello de cera colgado en que escribimos nuestro nombre con nuestra mano. Dada en Palencia ocho dias de marzo, era de mil é trezientos é treinta é un año.—Nos el rey D. Sancho.

(1) En este sitio de Córdoba por Mohammad y el rey D. Pedro fué apertillado el muro por varias partes y tomado el Alcázar. Cuentan que en tan grave apuro salieron las mujeres á la calle logrando infundir tal valor en el ánimo de los sitiados, que arrojándose éstos de improviso sobre el enemigo, le rechazaron con muerte de muchos y le obligaron á levantar el campo. (Crónica del rey D. Pedro.)

(2) En estas guerras declaróse por el rey el conde de Cabra D. Pedro Fernández de Córdoba, por los enemigos del rey D. Alonso de Aguilar, uno de los personajes más influyentes en toda la Provincia. Este hecho produjo en Córdoba dos bandos que la tuvieron en continua alarma con sus sangrientas excisiones. Sabedor de ellas Enrique IV, se trasladó á la ciudad para tranquilizarla; pero no logró sino enconar más y más los ánimos por haber tratado con igual dureza á los que hicieron armas contra él y á los que le fueron leales. El desacierto de Enrique IV era igual en todo.

(3) Llamábase el inquisidor Diego Rodríguez Lucero: era tal el rigor con que trataba á los réos; que el pueblo se amotinó al fin contra él, y le obligó á escaparse en una mula. El cardenal Jiménez no pudo menos de mandarle prender y castigarle para dar á la institución algún viso de legalidad y de justicia.

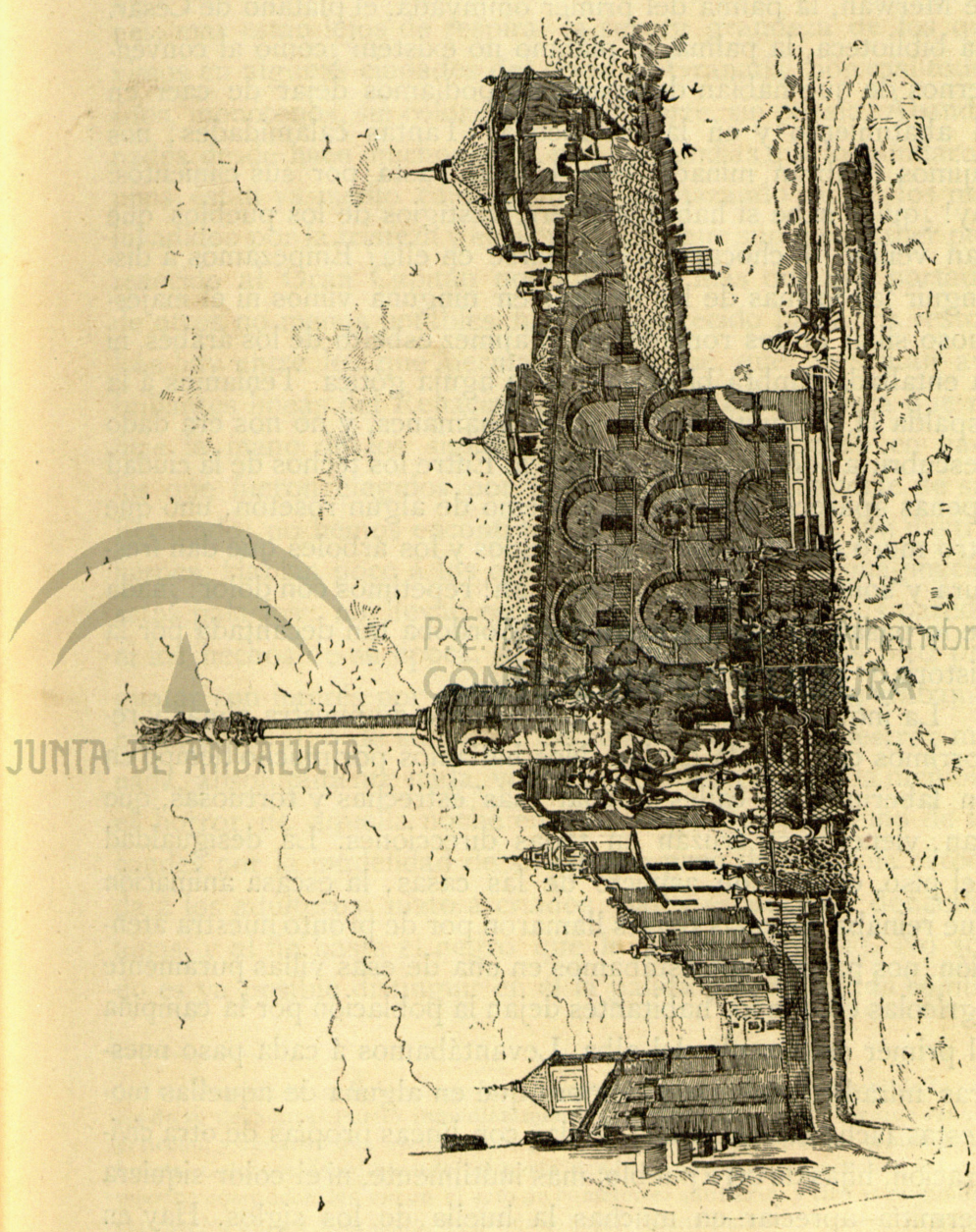
religiosos. No sufrió poco bajo los reinados de Carlos y Felipe: el peso de los tributos llegó á hacerse insoportable; y hubo familias enteras que atravesaron para no volverlo á pisar el umbral de sus hogares. La emigración voluntaria fué tan grande, que los reyes se creyeron obligados á otorgar nuevas mercedes á los que viniesen á poblarla. No podemos menos de recordar con dolor la terrible carestía que la afligió á mediados del siglo xvii: como si tantas calamidades políticas no bastasen aún para abatirla, castigóla Dios con este nuevo azote. El hambre llegó á tal extremo, que armados los ciudadanos en número de diez mil, se arrojaron á la calle y forzaron los graneros de los particulares. Cuentan que se encontraron casas donde había hasta cuatro mil arrobas de harina corrompida: ¿con qué razón se hubiera podido castigar á un pueblo hambriento que á la vista de tan lamentable espectáculo hubiese desplegado todo el furor de su venganza?

Desangróla en el siglo xviii la guerra de sucesión: en el xix, la guerra con la Francia. En la última sobre todo padeció mucho esta ciudad de Córdoba. Supo apenas los sucesos del 2 de mayo en Madrid, cuando pretendió ya sublevarse. El 10 secundó abiertamente la insurrección de Sevilla; el 11 estaba armándose; el 7 de junio batiéndose en el puente de Alcolea. Desdichada como siempre, tuvo que volver la espalda al enemigo. Cerró apresuradamente sus puertas, mas para capitular, no para defenderse. No bien vió á Dupont frente sus muros, le envió á uno de sus principales hijos para negociar su entrega. Temía ver pasar sobre sí la espada de un vencedor que debía sentir naturalmente el deseo de imponer con los horrores de un asalto á una nación rebelde; y estaba en transigir bajo cualesquiera condiciones antes que exponerse á ser entregada al saqueo y la matanza. Fué tal su desventura, que ni aun así pudo evitar lo que temía. Había empezado á entrar en pláticas con los franceses, cuando bajo pretexto de algunos tiros disparados desde la muralla, apuntaron aquellos sus cañones contra la Puerta Nueva, y

entraron de repente en la ciudad hiriendo y matando sin compasión hasta á los indefensos que acertaban á cruzar las calles. Un cordobés, que no pudo mirar con sangre fría la entrada de los enemigos, hirió á Dupont desde uno de los balcones de su casa; encendiéronse más y más en ira los franceses; y saquearon templos, palacios, edificios privados, oficinas públicas, cuánto podía satisfacer su sed de oro y de pillaje. Ha sufrido Córdoba en todos tiempos; pero raras, rarísimas veces como en esos tres días de horror en que estuvo á merced de una soldadesca cuyo corazón estaba endurecido por las sangrientas escenas de cien campos de batalla. ¡Pobre ciudad! ¿cuándo será que concluyan para ella tan amargas desventuras? Idólatra, cristiana, mora, ¿siempre habrá de gemir abrumada por los infortunios? Los dioses del Olimpo no pudieron salvarla del furor del César; el Profeta la ha visto morir sin tenderle una mano desde su sepulcro; Cristo la ha entregado al hambre y á la peste cuando no la ha envuelto en los horrores de la guerra. Su destino ha sido el mismo bajo todas las religiones; y ella sin embargo ha sido, bajo todas, creyente.

No acabaron aún aquí sus tristes vicisitudes: las guerras civiles que han desgarrado posteriormente el seno de nuestra patria, han sacudido sobre ella sus funestas alas; y la han cubierto también de luto, de dolor, de ruinas. Quisiéramos recordarlas; mas brota aún sangre de tus heridas, desventurada Córdoba, y tememos acibarar con negros recuerdos tus inmensos males. ¡Paz, Córdoba, paz! perdona si hemos venido quizás á interrumpir tu sueño con tan lúgubre historia.

Tenía ya tanto interés para nosotros lo pasado de esta ciudad de Córdoba, que sentíamos ir apurando los grandiosos hechos que lo constituían. Asomaba la aurora, y teníamos aún embargada la imaginación por los recuerdos. Nuestra curiosidad artística había llegado á desvanecerse: no buscábamos ya con los ojos esos monumentos en que ha de estar encerrado el genio de otros siglos; buscábamos los objetos en que podía estar vin-



EL TRIUNFO DE SAN RAFAEL

JUNTA DE ANDALUCIA

PAZ COLOMBIA y Generalife

culada una serie de acontecimientos: buscábamos la biblioteca de Merwán, la palma del primer ommyada, el plátano de César. La biblioteca, la palma, el plátano no existen: ¿cómo al convenernos de que habían desaparecido podíamos dejar de caer en el abatimiento y en la melancolía? Tantas calamidades, nos dijimos, habrán minado esta ciudad hasta por sus cimientos: ¡ay! ¿quién sabe si habrá siquiera vestigios de los pueblos que han venido á chocar y á destruirse en ella? Empezamos á distinguir las formas de las torres; en ninguna vimos ni el majestuoso sillar de los romanos, ni el ajimez esbelto de los árabes, ni la entallada cimbra bizantina, ni la aguja gótica. Teníamos á la espalda la mezquita de los Abd-el-rhmanes, y no nos era dado descubrirla: perdimos la esperanza. Entre los techos de la ciudad apenas aparecía más que el extremo de algún rosetón, uno que otro muro ennegrecido por los siglos y los árboles que dan frescura y sombra á algunos patios: ¡ah! repetimos con dolor: ¿nada de lo pasado guardará al fin esa Córdoba tan decantada por la historia y la poesía?

La inquietud se apoderó nuevamente de nuestra alma; y recorrimos con afán la ciudad. Nos hallamos por mucho tiempo en un laberinto de calles á cual más estrechas y tortuosas, que van, vienen y se cruzan en todas direcciones. La desigualdad del piso, el humilde aspecto de las casas, la escasa animación que reinaba en todas partes llamaron por de pronto nuestra atención: nos parecía que estábamos en una de esas villas puramente agrícolas en que los habitantes dejan la población por la campiña al primer crepúsculo del alba. Levantábamos á cada paso nuestras miradas esperando siempre que en alguna de aquellas modestas fachadas habíamos de dar con líneas propias de otra civilización, hijas de otro pueblo; mas inútilmente, ni el color siquiera permitía apreciar en muchas la huella de los siglos. Hay en Córdoba, como en casi toda la Andalucía, la costumbre de blanquearlas: costumbre detestable para el que pretende leer en las piedras la historia del arte y el carácter general de las naciones.

Existen en apartadas y silenciosas calles palacios en cuyas paredes están escritos grandes recuerdos y sangrientas tradiciones; mas están lejos de respirar la severa grandeza de los que vimos en algunas ciudades del reino de Granada. Son casi todos fríos, monótonos, sin colorido local, sin arte, sin poesía. Abandonados desde hace muchos años por las familias que los fundaron, unos están ya medio caídos, otros amenazando ruina, los más invadidos por la tristeza y el silencio. Del que suponen haber pertenecido al Gran Capitán no queda ya más que una portada; de otros no menos notables han desaparecido hasta los restos. Los hay entre los que permanecen en pié, que presentan aún brillantes líneas del Renacimiento; mas ni uno siquiera que refleje la mano de los siglos medios. Hemos buscado en vano los que fueron elegidos por los caballeros de la corte de san Fernando; no hemos encontrado ni los sepulcros de tan ilustres héroes. Hablan poco á los ojos y menos aún á la imaginación estos palacios: no llevan escritos en el exterior de sus paredes ni los hechos de su época. Una leyenda antigua nos hizo preguntar con interés por el de los condes de Cabra: esperábamos hallar en él algo de sombrío, de misterioso, de siniestro; mas nada, absolutamente nada, vimos que pudiera traer á la memoria el horror de aquella noche en que, ciego de cólera uno de los condes por la infidelidad de su esposa, pasó de una sola estocada á los adúlteros, mató á criados, pajes escuderos, doncellas, amas, y al fin hasta el negro que le acompañaba (1). No sólo no es ya posible distinguir en él la pálida y desencajada sombra

(1) Supone la tradición que el conde estaba en Madrid cuando recibió la noticia de su deshonra. Partió inmediatamente para Córdoba, dicen los que refieren el hecho, y aguardó que anoheciera para entrar en su casa por las tapias de una huerta. Colocóse secretamente en parte desde donde pudiera acechar á los supuestos cómplices, los vió en el acto de cometer el adulterio, y tiró al punto de la espada. No dió un solo grito, no profirió siquiera una palabra: recorrió el palacio y mató no sólo á los adúlteros, sino á toda su numerosa servidumbre. Sentóse al fin y preguntó á un negro que le acompañaba: ¿qué te parece mi venganza? No bien hubo oído de él *bien lo hemos hecho, señor*. le pasó de una estocada. No pudo resistir á la idea de que sobreviviese su cómplice á tan bárbara matanza.

del marido; no sólo no es ya posible percibir el lastimoso eco de las víctimas; su fachada, sus patios, sus salones, parecen estar encargados de desmentir á los que le han hecho teatro de tan espantosa escena. Es grande su soledad y aislamiento; pero ¿difiere acaso en esto de los demás palacios?

Hay pocas ciudades cuyo conjunto revele menos su pasada gloria que el de la ciudad de Córdoba. En otros pueblos, ya que no se conserven los palacios de los conquistadores, descubre á cada paso el viajero, aun en las casas más humildes, acá una hermosa ventana gótica por cuya entallada ojiva trepan las hojas de la enredadera y de la yedra, allá un lindo ajimez árabe tras cuya transparente celosía se cree distinguir aún el animado rostro de una gallarda mora, acullá un sillar romano donde están entalladas en caracteres ya medio borrados las hazañas de los que más engrandecieron el antiguo Imperio; en Córdoba se observa cuando más á lo largo de sus calles una que otra galería construída en nuestros tiempos, uno que otro ventanaje historiado, bello sólo por su aspecto pintoresco. La arquitectura ojival no desarrolla algunos de sus encantos sino en las fachadas y rosetones de templos medio bizantinos edificados al parecer sobre un mismo prototipo; la arquitectura oriental no ostenta la belleza de sus formas sino en la mezquita, en parte de los muros, en el interior de un escaso número de edificios, en el fondo de costosos acueductos abiertos en la peña por manos de cautivos; la arquitectura romana no guarda sino algunas de sus piedras en los cimientos de la fortificación y en el interior de algunos monumentos. Asoman en el exterior de una que otra torre algunas líneas árabes; pero no son más que una imitación, no son más que reminiscencias de otras épocas.

El viajero que recorra por primera vez la ciudad de Córdoba y desee apreciarla en conjunto, apenas puede hacer más que ir siguiendo sus murallas, cercadas aún de gigantescos torreones almenados, entre los cuales se ocultan estrechas puertas defendidas por recias barbacanas. Álzase junto á ellas, en el

interior, la vasta mezquita de Abd-el-rhamán, á cuya espalda abre un S. Rafael sus alas de oro sobre un monumento de bruñidos y exquisitos jaspes: corren, en el exterior, las aguas del Guadalquivir bajo el famoso puente reedificado por Hescham, á que sirven de apoyo el castillo de la Calahorra y la puerta de Sevilla; descuellan no lejos de aquí sobre el mismo adarve las macizas torres del alcázar de Alonso XI, edificado en 1328 al pié de las ruinas de otro palacio de que no existen sino tristes restos y fúnebres memorias (1). Las frondosas y extensas alamedas del campo de la Victoria, extienden algo más allá las sombras de sus ramajes sobre gran parte de sus negros y elevados cubos; la torre de la Mal-Muerta (2) construída á fines del siglo xv, cubre otras más allá con el misterioso velo de la tradición y la poesía (*).

Crecen á espaldas de esta torre vastas y deleitosas huertas cuyos cuadros matizados de flores verdean agradablemente bajo la sombra de árboles frutales; extiéndose tras estas huertas la Arrizafa, el ameno verjel en que suponen lloró Abd-el-rhamán I recordando á la vista de una palma el suelo de su patria. Con-

(1) Este palacio, llamado Alcázar Viejo, había ya dejado de existir á fines del siglo xiv. Leemos en una carta dada por D. Enrique á 12 de marzo de 1399: vi vuestras peticiones selladas de vuestro sello que me enbiastes con Ruy Mendez de Soto Mayor, mi vasallo, veinte y cuatro desta cibdad, entre las quales decides que mi alcázar viejo que es de tras del alcázar nuevo de esa dicha cibdad que es un *corral despoblado*, etc. En virtud de estas peticiones lo cede el rey á sus vasallos de Valesta para que lo pueblen y labren en él sus casas. (Arch. mun. de Córdoba, leg. G, núm. 10.)

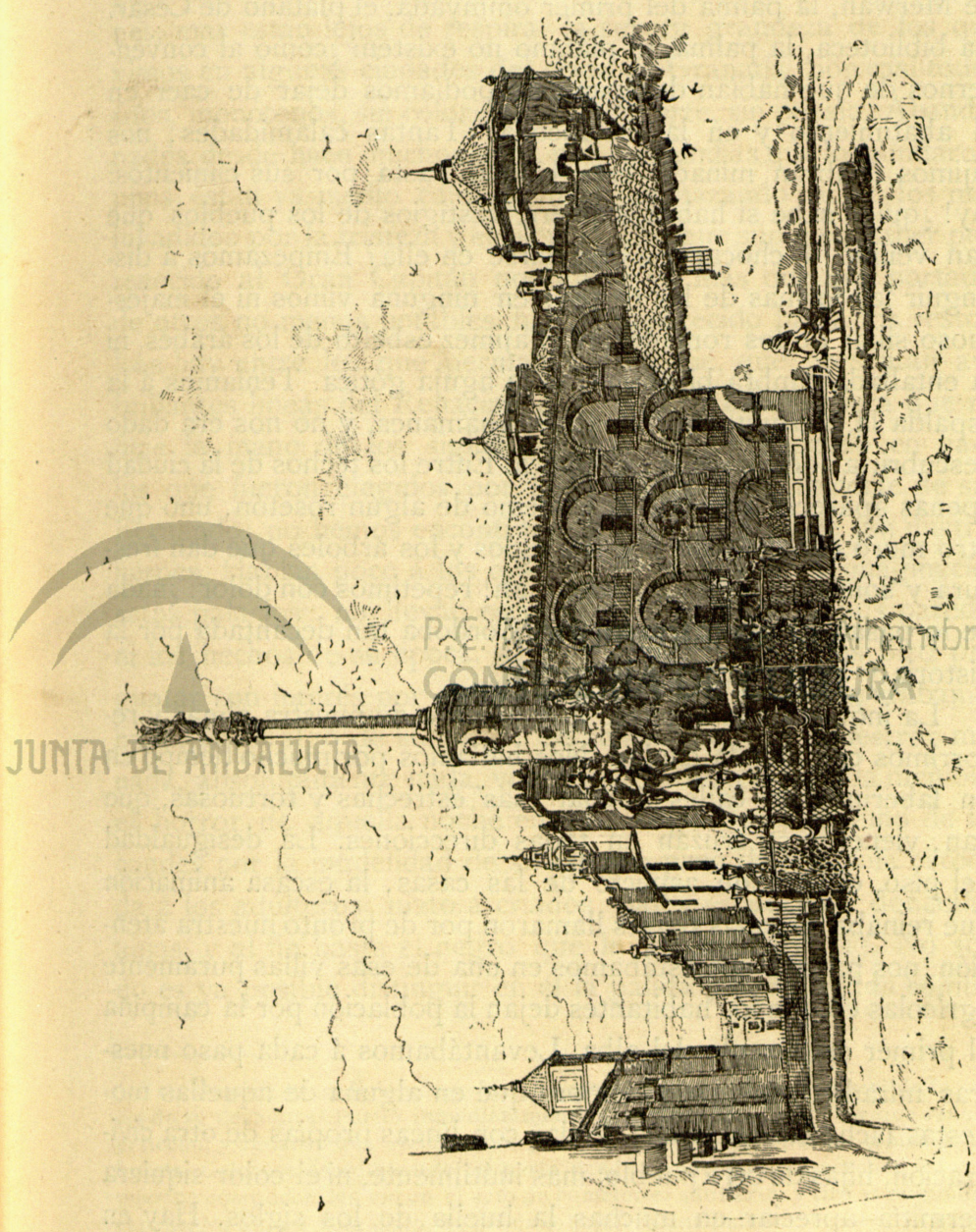
(2) En esta torre se lee: En nombre de Dios. Porque los buenos fechos de los reyes no se olviden, esta torre mandó facer el muy poderoso rey D. Enrique, é comenzó el cimiento el doctor Pedro Sanchez, corregidor de esta ciudad, é comenzó á sentar en el año de nuestro Señor Jesucristo de 1406 años, é seyendo obispo D. Fernando Deza, é oficiales por el rey Diego Fernandez Mariscal, alguacil mayor, el doctor Luis Sanchez, corregidor é regidores Fernando Diaz de Cabrera é Rui Gutierrez... é Rui Fernandez de Castillejo é Alfonso... de Albolafia é Fernan Gomez, é acabóse en el año 1408 años. Créese que el rey la hizo á costa de un caballero que había asesinado á su mujer.

(*) Los muros y puertas de Córdoba no ofrecen ya la integridad que conservaban cuando esto escribía el Sr. Pi Margall. Más adelante, en un capítulo especial, describiremos su actual estado.

serva ya este lugar escasos vestigios de lo que ha sido un día, mas no deja de tener aún interés, ora se atienda á su pintoresca posición en una de las vertientes de la Sierra, ora al realce que le dan las frondosas arboledas de los cerros de cuyo fondo se destaca, ora al espectáculo que desde allí presenta la ciudad cuando el sol no ha logrado disipar aún la neblina en que está ligeramente envuelta, ora á las ideas que inspira la memoria de haber sido enterramiento (1), ora por fin á que corren debajo de ella, entre paredes de estaláctitas, aguas puras y cristalinas que brotan gota á gota del seno de las peñas (2). Detrás de la Arrizafa corren á lo largo las faldas de la Sierra, coronada de pinos; allá en las faldas mismas blanquea entre los bosques una que otra ermita: ¡ah! el corazón se ensancha al ver tanta belleza, al contemplar tan deliciosa soledad, tan dulce calma. El arroyo de las piedras que corre por un áspero cauce entre orillas cubiertas de lozanos y fecundísimos olivos, la tranquila Fuen-Santa, pequeña capilla que alza sus modestos muros en medio del más seductor paisaje, la vista del imponente Guadalquivir, que se desliza majestuoso al pié de la ciudad, besando sus murallas, una que otra escena campestre acaban de embellecer sus alrededores, donde pueden á cada paso espaciarse los sentidos descubriendo entre lejanos montes, pueblos y castillos en cuyas coronas de almenas están incrustados los recuerdos de diez siglos. Desde cada altillo puede uno considerar en conjunto la ciudad, puede verla levantando al cielo las torres de sus baluartes y sus templos, los álamos de sus paseos y sus patios, los desiguales techos de sus casas, sobre los cuales cree uno aún distinguir en pié las sombras de sus antiguos héroes. Descúbrese principalmente la ciudad desde algo más allá

(1) Descubriéronse cerca de este sitio varias lápidas con turbantes, que son las que han dado lugar á creer que fué panteón árabe. Consérvase aún un subterráneo lleno de humo, que ha tomado nombre del convento próximo y es llamado *las Catacumbas de S. Diego*.

(2) Hablaremos más adelante de esta mina de filtración, hecha por cautivos cristianos en los mejores tiempos del imperio árabe.



EL TRIUNFO DE SAN RAFAEL

JUNTA DE ANDALUCÍA

PC
CON
obra y Generalife



LA MALMUERTA

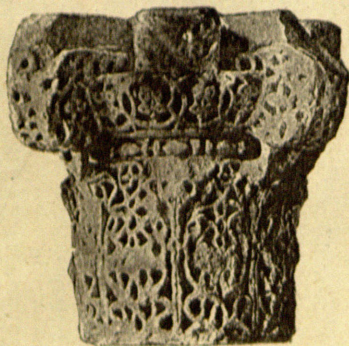
del castillo de la Calahorra, á la otra parte del Guadalquivir, á corta distancia de su árida ribera. ¡Qué bello conjunto el que desde allí se ofrece! Figura en primer término la parte posterior del castillo; más allá el puente; al fin del puente la severa puerta de Sevilla, atribuída á Juan de Herrera; á la derecha de la puerta el ábside de la gran mezquita, á la izquierda el palacio episcopal y el Triunfo, en el fondo la Sierra, á nuestros piés el río rugiendo entre las ruedas de un molino árabe: no puede darse ya en Córdoba un grupo que más imponga, ni una vista que más cautive.

Mas basta ya de generalidades: empecemos á describir los monumentos.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



CAPÍTULO II

La mezquita Aljama, ideada por Abde-r-Rahmán I

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



MEZQUITA para siempre célebre! ¡mezquita levantada y frecuentada por emires y califas! ¡mezquita por cuya pérdida lloran aún bajo su cielo oriental los que creen en Alá y en su Profeta! ¡mezquita á que han venido á inspirarse ya tantos poetas y á estudiar tantos artistas! ¡Salud! Un viajero desconocido va á atravesar con respeto tus umbrales y á revelar tus encantos á las generaciones presentes y futuras. Eleva su lenguaje al par de tu belleza, evoca ante él todas sus glorias y recuerdos, enardece hasta donde puedas su corazón, exalta hasta donde quepa su humilde fantasía. La pluma se estremece en su mano al contemplarte en toda tu grandeza, y necesita de todo tu favor para no sucumbir en tan ardua y aventurada empresa. ¡Que el genio de creación y de armonía que te construyó dirija mis

acentos! ¡Que sea yo quien escriba! ¡Que seas tú quien dictes! (*)

Huyen á mi extasiada vista de repente todas las importunas construcciones, reformas y mutilaciones consumadas por el fervoroso celo de los cristianos triunfadores para convertir en templo del Crucificado la suntuosa aljama; renueva mi enardecida mente las deslumbradoras escenas de la dominación del Islam en la más florida región de España, y llegan á mi embelesado oído los mágicos acentos que Azazil (1) dirigió sin duda al hijo de los califas (2) Abde-r-rahmán ben Moavia, cuando á los treinta y un años de haber derrotado al rebelde Jusuf el Jehri en la famosa batalla de Musara, robustecido ya su poder con otras insignes victorias, hechos tributarios los cristianos de Castilla (3), desarmados los sediciosos walís de las provincias, y dilatada la fama de su fortaleza, de su clemencia y de su justicia desde la aterrada Cairván (4) hasta la amedrentada corte de Carlomag-

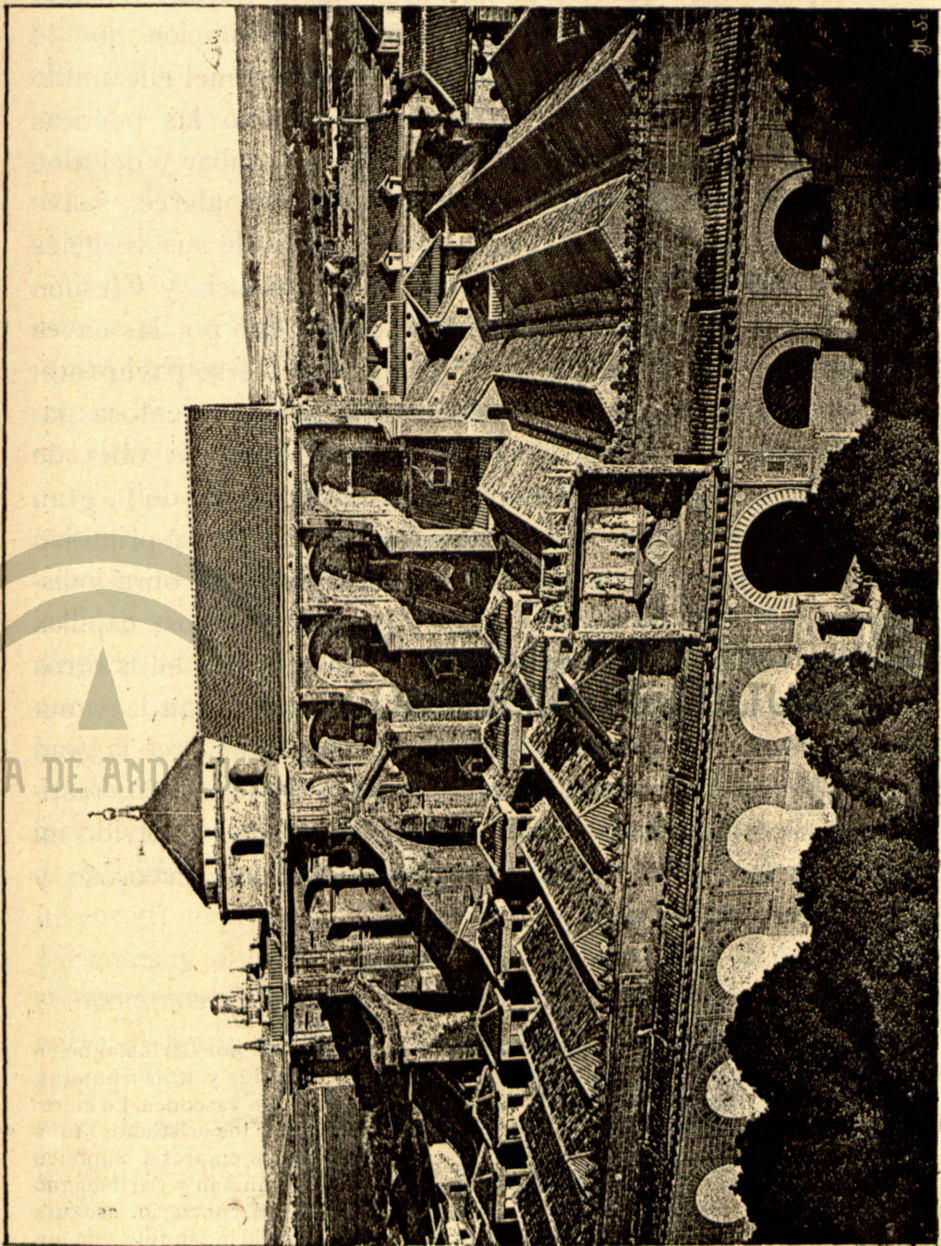
(*) Comienza desde aquí su tarea D. Pedro de Madrazo, encargado de sustituir al Sr. Pi y Margall en la narración histórica y descriptiva correspondiente á este tomo.

(1) *Azazil*, según la fe musulmana, es un ángel que no habiendo querido tributar homenaje á Adam, primero de los Profetas, fué precipitado del cielo al infierno, donde con el nombre de *Eblís* es el jefe de los demonios. Suponemos, pues, que el ángel del orgullo, el Luzbel de los mahometanos es quien sugiere á Abde-r-rahmán el pensamiento de erigir la gran mezquita.

(2) Sabido es que los primeros sultanes ó soberanos de la dinastía de los Omeyas se contentaron al principio con el modesto título de *Emires*, *hijos de los Califas* (Omará-bnú-l-kolafá).—Después que afirmaron su poder con las conquistas de África, ya se denominaron *Califas*, *principes de los creyentes* (Omará-l-mumenin).

(3) En el año 759, dice Conde (tomo 1, cap. XI de su Hist.), el día 3 de la luna Safar, dió Abde-r-rahmán á los cristianos de Castilla la carta de protección y seguridad en virtud del tributo que debían pagarle y que consistía en lo siguiente: 10 mil onzas de oro, 10 mil libras de plata, 10 mil cabezas de buenos caballos y otros tantos mulos, mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años. Escribióse este pacto en Córdoba.

(4) El walí de Cairván Alí ben Mogueith invadió con numerosa hueste las costas de España para restablecer en ella la autoridad del Califa de Oriente. Fué baido el año 763 con sus sieté mil africanos en los campos de Algarbe, por los cordobeses, sevillanos y jerezanos reunidos, y su cabeza, desmeollada y canforada, fué enviada á Cairván, y puesta de noche por orden de Abde-r-rahmán en el rollo ó columna de la plaza de aquella ciudad con un letrado que decía: *Así castiga Abde-r-rahmán ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Alí ben Mogueith wa-*



VISTA EXTERIOR DE LA MEZQUITA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Generalife

no (1), resolvió poner un espléndido sello á las obras aceptas al Todopoderoso, que hasta entonces había llevado á cabo, erigiendo en su deliciosa Córdoba una casa de oración que le asegurase un puesto en el Paraíso. Recorro aquel encantado bosque de columnas, silencioso y sombrío como las poéticas florestas del Éufrates; respiro la fragancia del ámbar y del aloe quemado bajo sus incorruptibles techumbres de alerce, suave al embriagado olfato como el aroma que exhala de sus vergeles la gran ciudad edificada sobre las ruinas de Seleucia y Ctesifón reunidas; báñome todo en la templada luz que por las naves difunden multitud de lámparas reflejando en el terso pavimento, en los bruñidos jaspes de las columnas y en las portentosas labores del santuario; no diviso ya ni aquella catedral, obra de nazarenos, que un momento há se alzaba en medio de la gran mezquita, interceptando mi vista ansiosa de abarcar su primitivo conjunto; ni aquella multitud de capillas y altares, obra indiscreta y confusa de todas las épocas y gustos reunidos, capillas y altares odiosos al fiel muslim que ve erigidos en ellos otros tantos ídolos; ni los infinitos sepulcros que profanaban la santa casa donde no osó mandarse enterrar ningún Califa: veo la gran rival de las mezquitas de Damasco, Bagdad y Jerusalén, restituida por ensalmo á su primitivo destino, y dando al olvido mi origen, mi siglo y mi fe, me encuentro trocado en fervoroso y entusiasta islamita.

Li de Cairván (Conde, hist. cit., cap. XV.—Petit Baroncourt, *Histoire resumée du moyen-âge*, t. 1.

(1) Los historiadores árabes suponen que la rota sufrida por Carlomagno en Roncesvalles fué obra de los waliés de Zaragoza, Huesca, Lérida y otras fronteras. Nuestros historiadores y romanceros hacen vencedores á los vascones. Lo cierto es que habiendo entrado en España Carlomagno, llamado por los cristianos, tuvo que retroceder ante la resistencia de Zaragoza y desistir de su empresa. Suponen también los franceses que las paces ajustadas entre Abde-r-rahmán y Carlomagno fueron buscadas y promovidas por el árabe; Al-Makkari, al contrario, asegura que Károloh (así llama al gran rey franco) solicitó al Emír brindándole con un enlace de familia, que éste no admitió por causa de una enfermedad que padecía. (Véase *Ahmed Ibn Mohammed Al-Makkari*, historia de las dinastías mahometanas en España, traducida al inglés y diligentemente anotada por el Sr. D. Pascual de Gayangos, Londres, 1843.

Por una rápida sucesión de recuerdos y sensaciones, viví mi mente en pocos instantes un período de dos siglos, y desde el reinado del ilustre Omeya proscrito, hasta el gobierno del altivo Al-Mansur, todos los timbres de gloria y grandeza de los hijos de Moavia que tienen relación con la célebre aljama, pasan por ante mis ojos como fantásticos cuadros de un largo delirio de sensualismo que quizá no volverá á reproducirse en el mundo.

Oye, pues, amado lector, la historia probable de la gran mezquita, y acoge con tu benevolencia acostumbrada la restauración descriptiva que te ofrezco de tan inestimable monumento, según las tradiciones de los que lo conocieron, ó intacto, ó menos desfigurado que está hoy.

Hallábase Abde-r-rahmán en su predilecto palacio de la Ruzafa. Aunque veía por fin cumplidos los deseos de paz que siempre había abrigado su magnánimo corazón, la tristeza hacía inclinar su gloriosa frente, porque en medio de uno de sus jardines se alzaba esbelta y gallarda una solitaria palma que, como nacida en el Occidente, lejos de la región de las palmeras, le traía á la memoria su propio destino.

Recordaba que él también vivía en un suelo extraño, separado de sus más queridos Coraixís, desterrado del dulce clima de la Siria donde tan alegremente había transcurrido su primera juventud; deploraba el hado fatal que le hacía enemigos los parientes y deudos á quienes había sacado de la proscripción colmándolos en su reino de beneficios, hado sangriento que le había obligado á quitar la vida á dos de sus sobrinos y á desterrar á África á su propio hermano Al-walid, con cuyo auxilio, si no hubieran sido ingratos y rebeldes, habría podido tal vez invadir la Siria y lavar con la sangre de los aborrecidos Abbassides el polvo de la proscripción que afrentaba á los hijos de Moavia; pensaba en suma que con la defección de los caudillos y tribus árabes no podría arribar en la colosal empresa de fundar en Andalucía un Califato para los Omeyas, á pesar de la